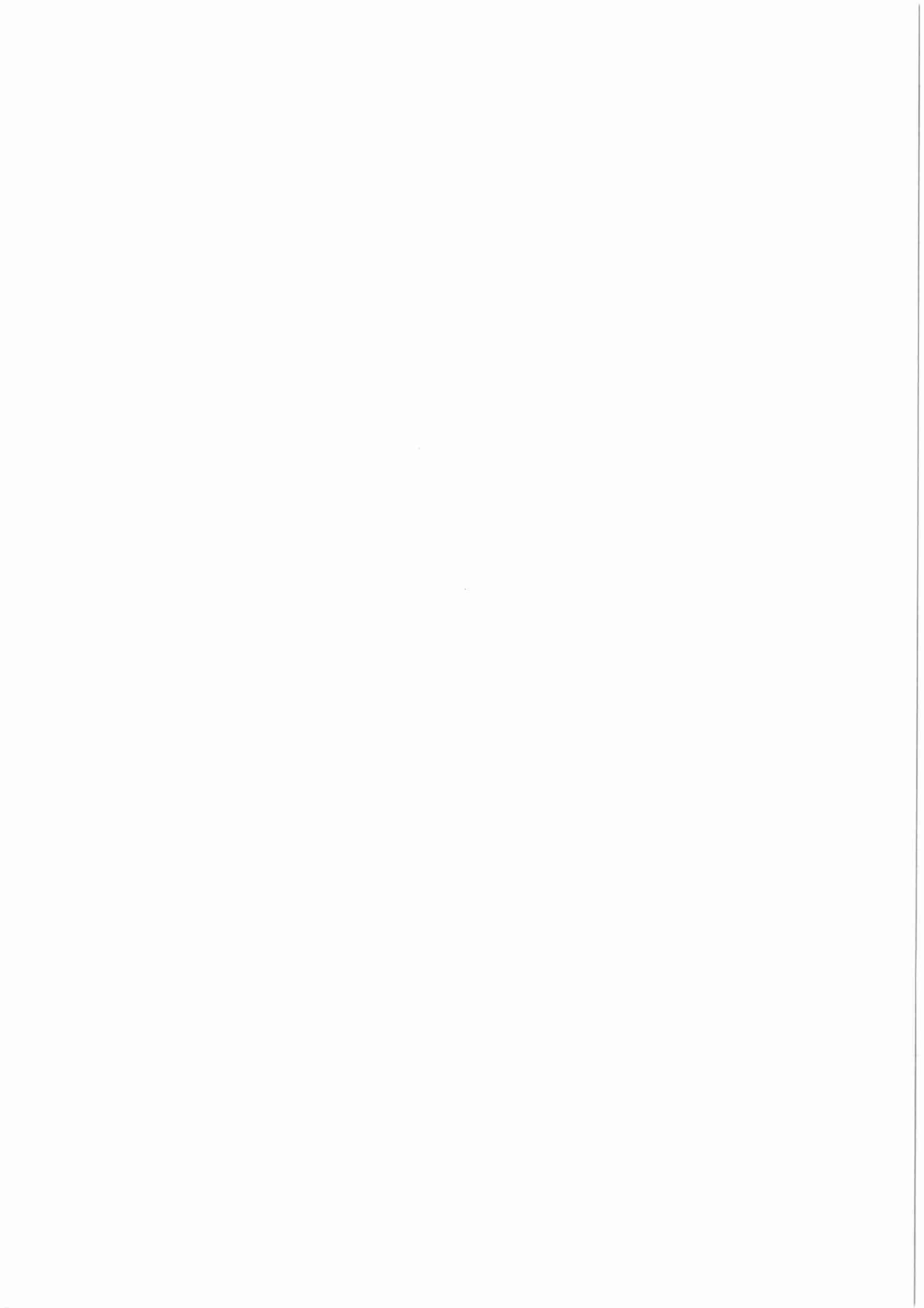


VISITA A LAS CORTES DE SS. EE.  
EL PRESIDENTE DE LA UNION  
DE REPUBLICAS SOCIALISTAS  
SOVIETICAS Y SRA. DE GORBACHOV



VISITA A LAS CORTES DE SS. EE.  
EL PRESIDENTE DE LA UNION  
DE REPUBLICAS SOCIALISTAS  
SOVIETICAS Y SRA. DE GORBACHOV

EL VIERNES, 26 DE OCTURE DE 1990

**La visita al Congreso de los Diputados de SS. EE. El Presidente de la U.R.S.S. y Sra. de Gorbachov tuvo lugar en la Sala Internacional el día 26 de octubre de 1990, entre las dieciocho horas y treinta minutos y las diecinueve horas, y fueron convocados los miembros de la Mesa del Congreso de los Diputados y los del Senado, los Portavoces de los Grupos Parlamentarios y los miembros de las Comisiones de Asuntos Exteriores de ambas Cámaras.**

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Pons Irazazábal): Señor Presidente, me corresponde el honor de expresarle, en nombre del Congreso de los Diputados, del Senado y del pueblo español al que representan, la profunda satisfacción que nos produce su visita. Reciba, señor Presidente, nuestra muy cordial y sincera bienvenida.

Su visita es histórica por doble motivo. Porque es la primera vez que un Jefe de Estado de su país visita España y porque se produce en un momento de radicales y trascendentales cambios en la escena internacional.

Durante demasiado tiempo nuestros dos países han vivido separados por algo más que la distancia geográfica, y se han visto obligados

a observarse desde los dos extremos de Europa sin poder desarrollar una relación constructiva y enriquecedora, acorde con las capacidades de dos grandes pueblos.

Estamos seguros de que su visita, señor Presidente, marcará el final de esta etapa y estimulará la proyección definitiva de los esfuerzos que en los últimos años se han hecho para normalizar y fortalecer los lazos y la colaboración entre España y la Unión Soviética a todos los niveles.

Su país ha marcado los límites del tiempo histórico del siglo XX. La Revolución de Octubre y la emergencia del Estado soviético, en medio de las convulsiones de una guerra que era el final de otra época, significaron el inicio real de nuestro siglo. Estos hechos sacudieron la sociedad de su tiempo. Desde entonces nada fue igual en Europa, ni en el campo de las ideas, ni en los movimientos sociales, ni en las relaciones entre Estados.

Su visita, señor Presidente, se produce cuando acaba un año de una intensidad sin precedentes. Un año que es el símbolo de una nueva época y que supone en términos históricos el fin del siglo XX. El fin de la guerra fría, los grandes cambios en la Europa Central y del Este están asociados al gigantesco proceso de transformación que usted ha impulsado en su país.

Es evidente que entre 1917 y 1989 no todo lo ocurrido ha sido positivo ni en la Unión Soviética ni en nuestro país, pero es igualmente evidente que nada de lo ocurrido en la Unión Soviética ha sido indiferente para España.

Ahora estamos dejando atrás la cultura de la desconfianza y el enfrentamiento y se abre un tiempo nuevo de esperanza. Un tiempo de enormes posibilidades para el progreso de la libertad y del bienestar en todo el mundo.

España ha salido de siglos de aislamiento. Tras vivir mucho tiempo encerrado en sí mismo, receloso del exterior, proteccionista y autárquico, nuestro país se ha incorporado decididamente a la sociedad internacional consciente de sus capacidades, sin ningún complejo ni nostalgia por antiguos esplendores, pero sin renunciar a aportar todo el dinamismo y las energías que la historia, las culturas, la geografía, la economía y las gentes de este viejo y joven país pueden ofrecer. Hoy los ofrecemos ilusionados a su país, convencidos de las amplísimas posibilidades de colaboración fructífera, en este momento apasionante en que la Unión Soviética está cerrando un largo ciclo e inicia una nueva página de su historia.

Desde la reducida perspectiva que cinco años pueden proporcionar, nos es dado ya observar el largo camino recorrido por la «perestroika» tanto en el proceso de reforma interior en la Unión Soviética como, de manera especial, en las relaciones de su país con el resto de la comunidad internacional. La correlación entre ambos aspectos es, señor Presidente, muestra de la continuidad inevitable entre la política interior y la política exterior y reflejo del carácter indivisible de la libertad.

Desde 1985 el mundo ha asistido a una serie de cambios de alcance histórico. Los pueblos de Europa del Este han decidido su destino en

libertad. Los pueblos del mundo han visto cómo el espectro de la aniquilación nuclear no puede ser indefinidamente el fundamento de una paz que, basada en el equilibrio del terror, será siempre insuficiente y precaria. Los avances hacia la limitación y reducción de armas nucleares y hacia el desarme de fuerzas convencionales en Europa son logros objetivos en un camino cuyo horizonte inevitable es el reencuentro en democracia de todos los pueblos de Europa.

El Consejo Europeo declaraba en Dublín el 28 de abril de este año que el avance en el proceso de unidad europea es «un elemento crucial del progreso que se está logrando en el establecimiento de un marco fiable para la paz y la seguridad en Europa». La paz y el progreso económico y social necesitan una Europa comunitaria unida y fuerte.

La Europa así concebida difícilmente podría encerrarse en sus propias fronteras sin traicionar la vocación universalista que conforma su ser histórico. Por otra parte, no existirá seguridad global si no se tienen presentes las justas inquietudes, las enormes dificultades y las amenazas que pesan sobre los pueblos de los países menos favorecidos del planeta.

Señor Presidente, la actual incardinación de la España democrática en el contexto europeo y en el ámbito mundial es consecuencia de la transición felizmente culminada desde un régimen político autoritario hasta un Estado democrático de Derecho.

Sabemos que una transición de estas características no se realiza sin esfuerzo. Requiere la movilización de todas las fuerzas políticas y

sociales unidas por un anhelo común de libertad. Requiere también un trabajo continuado para lograr el consenso sobre los valores esenciales inspiradores del nuevo sistema político, una búsqueda de los vínculos e intereses que unen a los distintos grupos y fuerzas sociales, por encima de aquellos que los separan.

Somos conscientes, señor Presidente, de las dificultades que el proceso de reformas emprendido encuentra en su propio país. Dichas dificultades pueden hacer a algunos añorar el pasado, como siempre ocurre en estas circunstancias. Sabemos, sin embargo, que no existe vuelta atrás en el camino hacia la libertad.

No quisiera dejar de referirme, señor Presidente, a las relaciones parlamentarias en el marco de unas relaciones bilaterales cada vez más estrechas en todos los órdenes. Recuerdo personalmente con especial agrado mi visita a la Unión Soviética al frente de una delegación parlamentaria en septiembre de 1987. Un cauce de comunicación sincera y fluida continúa abierto. Conocemos la ingente tarea legislativa a la que debe enfrentarse el Parlamento soviético en el marco de la «perestroika». Creemos que el Parlamento es, en los sistemas democráticos, el foro adecuado para la discusión de los problemas políticos y el cauce natural para la manifestación de tendencias contrapuestas y para la negociación de acuerdos con virtualidad normativa sobre los fenómenos sociales.

Espero que pronto parlamentarios de nuestros dos países trabajarán juntos en la dimensión parlamentaria de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa, que podría recibir el impulso decisivo en la próxima cumbre de París.



Señor Presidente, el acercamiento de los pueblos de la Unión Soviética a unos valores culturales y políticos que nos son comunes se contempla desde España con enorme esperanza. Nuestro país, que durante siglos se vio llamado a cumplir un papel político de dimensión universal, será escenario en 1992 de diversas celebraciones, inspiradas por un sentido universalista en el que la aceptación de la diferencia no es una limitación o un obstáculo sino un factor de común enriquecimiento. Deseamos que este mismo espíritu impregne nuestras relaciones, cada vez más estrechas, con las autoridades y los pueblos de la Unión Soviética.

Señor Presidente, su obra política ha significado una valerosa y eficaz contribución a la distensión y a la paz. Sus esfuerzos han sido reconocidos con la reciente concesión del Premio Nobel de la Paz. Permítanos aprovechar la ocasión para expresar nuestra sincera felicitación.

La paz no se hace con palabras. Los tiempos recientes nos han confirmado las constantes de la historia: la libertad de los hombres y de los pueblos es la mejor garantía de paz. Trabajar por la libertad es trabajar por la paz. Esa debe ser nuestra tarea común. Usted habló de la casa común europea. Estamos seguros de que no se refería únicamente a un espacio geográfico que estuviésemos condenados a compartir. El techo común de los europeos, la casa que debe unirnos y cobijarnos, nuestra casa común será la libertad de todos.

En este empeño esperamos poder trabajar juntos con fuerzas renovadas después de su visita.

De nuevo, bienvenido, señor Presidente. (Aplausos.)

**A continuación hace uso de la palabra, en ruso con traducción simultánea al español.**

Su excelencia el señor **PRESIDENTE DE LA UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS** (don Mijail Gorbachov): Excelentísimo señor Presidente del Congreso de los Diputados, excelentísimo señor Presidente del Senado, señoras y señores, estoy agradecido por la invitación a pronunciar un discurso ante los representantes del pueblo español desde esta alta tribuna nacional.

En la percepción del mundo exterior, propia de los soviéticos, a España le pertenece un lugar singular. Los sentimientos de simpatía y solidaridad con el pueblo orgulloso y de talento innato, el interés a la imagen peculiar de su país, a su naturaleza y la cultura más antigua y original, han adquirido en muchos de nuestros pueblos un carácter de estable herencia.

No me abandona la sensación de que esta visita a España del jefe del Estado soviético, que es la primera en toda la historia, resulta ser el pago de la vieja deuda ante ambos grandes pueblos nuestros, que durante un cierto tiempo fueron injustificadamente separados.

Hace ya más de diez años que nosotros reemprendimos el camino de acercamiento mutuo. Sin embargo, este encuentro actual es singular porque lleva la señal de cambios democráticos grandiosos en Europa y en el mundo entero.

Al pasar cuarenta y cinco años después del año 1945, se acabó por fin en Europa la segunda guerra mundial, y millones de europeos han

descubierto que la linde que separaba el Este y el Oeste desaparece con inusitada rapidez. Europa cambia su imagen. Los europeos, acostumbrados en medio centenario a la escisión contranatural, vuelven a descubrir para sí su patria común histórica y cultural. Y hoy tenemos una ocasión apropiada para hablar de Europa desde el Atlántico hasta los Urales.

Los cambios sin precedente plantean ante todos nosotros nuevas interrogaciones. ¿A dónde va Europa? ¿Hasta cuándo se puede regular tal movimiento? ¿Cómo evitar fracasos y retrocesos en el camino hacia un futuro todavía desconocido? ¿Cómo resolver contradicciones peligrosas que pueden surgir? ¿Cómo conseguir el equilibrio de intereses en condiciones de plena libertad de opciones?

Estas interrogaciones constituyen en su esencia la agenda de trabajo tanto para los políticos como para la opinión pública de Europa. Mientras tanto, ya está absolutamente claro que los cambios han desencadenado unos procesos naturales de movimiento y desarrollo conjunto de los pueblos europeos. Y su significado sobrepasa no sólo las fronteras de Europa sino los límites del siglo XX.

La Alemania unida parece ser el símbolo más significativo de que la nueva época en el desarrollo internacional es real e irreversible. Sin embargo, es a la vez un examen duro para un nuevo carácter de la política universal y para un cambio de sus criterios. No era fácil el camino hacia la solución pacífica y digna del «problema alemán» a favor de la nación alemana; demasiado tremenda era la tragedia de la última guerra. La principal responsabilidad por la solución positiva de los as-

pectos externos de la unidad alemana le ha tocado a la Unión Soviética, que sufrió en la guerra los sacrificios más grandes e incomparables.

Creo que tengo derecho a decir que sin la «perestroika» soviética apenas se hubiera podido realizar la unificación de Alemania y mucho menos en plazo de tiempo tan corto y con el consenso internacional.

Partiendo hacia el futuro, Europa no tiene derecho a olvidar su pasado. «Historia —decía el gran Cervantes— no es solamente el tesoro de nuestra acción y testigo del pasado, sino es el modelo y lección para el presente, así como la advertencia para el futuro».

Este pensamiento suyo es particularmente apropiado hoy día, cuando los periódicos, a la par con los reportajes optimistas, dedicados al fin de la «guerra fría», predicen al continente una nueva «balcanización». Se trata en los periódicos de la vuelta a viejas discordias, cuyas raíces sólo resultaron ser congeladas por la guerra fría que, sin embargo, no las mató y ahora estas raíces están a punto de brotar. Están deliberando, acerca de tentaciones a crear como resultado del desmantelamiento del sistema de bloques, otras esferas de influencia, primero económica y después política.

Todo esto no se puede permitir. Eran precisos varios siglos para que Europa pudiera acercarse, como a una tarea real, al fomento de la comunidad interétnica e interestatal a base de los valores universales y consideración de la peculiaridad de los intereses de cada uno. Pienso que los europeos acumularon bastante sabiduría, aprendieron la lección de su pasado y están dispuestos a construir una nueva Europa.

De importancia especial es el presente período transitorio cuando el equilibrio que existía y sus mecanismos se debilitan, mientras los nuevos, necesarios para mantener la estabilidad e interdependencia, aún solamente se discuten y en materia del Derecho internacional están por surgir.

Es evidente que la cumbre venidera de París, desde la cual empezará la lectura de la hora común europea, dará la claridad en este sentido.

A Europa futura la veo como un espacio integrado político-jurídico, económico y cultural, como una unión de los Estados con estructuras comunes, que mantienen seguridad militar, ecológica y garantizan un alto nivel de la integración multifacética.

España y la Unión Soviética están llamadas a jugar un grande — yo diría— e insustituible papel en la construcción de la nueva Europa. Yo destaco a España, no solamente por rendir el debido respeto de un visitante al hospitalario anfitrión. España, al ocupar un lugar sólido en las estructuras de la Comunidad Europea, al mismo tiempo, con cierta prudencia, se acercó a la participación en el sistema político-militar, engendrado por la época, cada vez más relegada al pasado, de la confrontación. Los estadistas y parlamentarios españoles, quizá antes que algunos otros, vieron el nuevo albor de la seguridad colectiva y cooperación que relucía sobre Europa. Todo esto nosotros lo apreciamos en su justo valor y contamos con un aporte considerable de España en el proceso común europeo en su nueva etapa.

Naturalmente, se plantea de otra manera la cuestión del papel que desempeña la Unión Soviética en ese proceso, así como, en general,

en el de desarrollo mundial. La política del nuevo modo de pensar es inamovible en lo que atañe a sus principios y a las bases morales. Pero esa política será llevada a cabo por un Estado esencialmente distinto, que hasta puede asumir un nuevo nombre. Sus estructuras básicas serán definidas en el tiempo más próximo. Un acuerdo de principios acerca de sus pilares económicos fue alcanzado literalmente en vísperas de mi llegada a España.

Los agitados debates, las contradicciones y los conflictos de posiciones al respecto que tienen lugar en nuestro país, que yo sepa, han generado una seria alarma en los círculos políticos y sociales en el extranjero. Eso es lógico, pues se trata de un Estado de tanta estatura y de una historia tan rica. Pero es un signo de los tiempos, que si antes en Occidente tenían deseos secretos o explícitos de ver la URSS debilitada, ahora declaran abiertamente que corresponde a los intereses de todo el mundo que se haga más fuerte, que ostente una nueva integridad, prosperidad y prestigio. Ahora esto es natural, porque se trata de un Estado democrático, libre, de una unión voluntaria, constituida por entidades nacionales-estatales soberanas. Vemos en esta posición una manifestación convincente de la toma de conciencia de la creciente integridad e interdependencia de la comunidad internacional, y, desde el punto de vista moral, vemos una solidaridad con nuestras fuerzas sociales verdaderamente progresistas, partidarias de la «perestroika», sanas y sensatas según buenas tradiciones populares. Apreciamos altamente esta solidaridad y quisiéramos que algunas gentes impacientes que hay entre nosotros piensen bien en este fenómeno propio de la nueva época.

La consolidación no es una tarea fácil para cada sociedad, y en par-

ticular para aquella que ha vivido, en un período histórico relativamente corto, unas conmociones de carácter verdaderamente catastrófico.

En España lo saben muy bien. Y hay mucho que aprender en la manera en que vuestro país está superando los enfrentamientos y los antagonismos nacidos del cisma que la nación sufrió en los años treinta. Los españoles han reunido fuerza moral suficiente para extirpar de raíz la discordia irreconciliable, volver esta trágica página de su historia y avanzar con resolución por el camino de cambios radicales. En un breve lapso fueron desmanteladas las estructuras de un poder autoritario, sin derramamiento de sangre, y se efectuó una transición paulatina y ordenada hacia una forma democrática de gobierno y de vida pública. Los pueblos de España optaron por preservar la integridad del Estado, la concordia nacional y la paz ciudadana, contribuyendo así grandemente a crear garantías de estabilidad política interna y lograr un ascenso espectacular de su economía.

Hoy el problema de consolidación y de paz civil se ha planteado, con toda su agudeza, ante nuestro enorme país. Nosotros vivimos un período sin precedente de la liberación de la sociedad. Se realiza una profunda transformación interna de un país multinacional. El Estado unitario se transforma en un Estado completamente nuevo y, según mi parecer, nunca visto en la historia. Se derrumban las estructuras anteriores, se rompen las relaciones tradicionales, caen los modelos fósiles del poder y del Gobierno. Es decir, se deshace todo lo que mantenía la sociedad estable, pero, al mismo tiempo, la llevó a un callejón sin salida. Muchos lo interpretan como el inicio del caos, como una catástrofe irreparable. Sin embargo, en esencia, es nacimiento de un nuevo organismo potente, y el parto es inevitablemente doloroso.

El momento actual exige a todos los individuos, que de una u otra manera entran en la vida política, que sean ellos singularmente cautos y prudentes. No obstante, está claro que la habilidad para utilizar el nuevo poder como es debido, es decir, para el bien del propio pueblo, no se adquiere en seguida. No llega en un cerrar y abrir de ojos el entendimiento de que la libertad está ligada con la responsabilidad y que, en caso contrario, esta fuente enorme de renovación y autodesarrollo puede convertirse en un arma de anarquía y destrucción.

Sé que en Occidente hay una variedad de opiniones respecto a los procesos que tienen lugar en algunas de nuestras Repúblicas, en cuanto a sus relaciones con las autoridades del Centro. Quisiera aprovechar esta ocasión para llamar a una cautela especial en el análisis y a unas estimaciones sopesadas. La razón la tendrá aquel que vaya a partir de que se trata del período transitorio en la URSS.

Nosotros, y yo estoy seguro de ello, superaremos las dificultades. Ya ahora, en estas últimas semanas, en los círculos políticos y en la opinión pública la euforia y el extremismo pierden crédito cada vez más. El sentido común y la responsabilidad cobran energía. Viene la comprensión de que se puede estabilizar la situación y asegurar el movimiento ininterrumpido hacia adelante, sobre la base de la consolidación de todas las fuerzas realmente preocupadas por los intereses del pueblo.

En tales circunstancias contamos con la comprensión y el apoyo del mundo, España inclusive. Y no es casual que esté entre ustedes en los días más tensos de nuestra travesía, tan difícil que ni siquiera nuestro país en mil años podría recordar muchas parecidas.



Nuestras relaciones bilaterales en un plazo corto se han llenado de buenas perspectivas. Renace la naturalidad y sinceridad de los tiempos pasados en nuestros contactos multifacéticos. Esto se ha reflejado en la ayuda desinteresada prestada por los españoles en relación con el terremoto de Armenia, en la hospitalidad y la atención cordial hacia los niños soviéticos afectados por los efectos de la catástrofe de Chernobyl.

Por nuestra parte, tenemos el propósito de actuar con la mayor responsabilidad, y aún más en el momento en que el mundo, la liberarse de la guerra fría en el eje Oeste-Este, se ha tropezado con la crisis más aguda en otro eje. La nueva política mundial está pasando ahora por una prueba seria.

La crisis en el Golfo Pérsico, una zona que tiene lazos inquebrantables con Europa, es necesario superarla según las reglas del nuevo orden internacional. Se han equivocado trágicamente aquellos que pensaban que el golpe contra este nudo de interconexiones mundiales de importancia vital iba a provocar la reanudación del enfrentamiento entre Este y Oeste. Por medio de la Organización de las Naciones Unidas, la comunidad mundial ha demostrado, con su respuesta, que de aquí en adelante no se tolerará ninguna agresión. Estamos a favor de utilizar todas las posibilidades para la solución política. Sin embargo, que nadie tome la búsqueda de soluciones conjuntas, y sobre la base bilateral inclusive, por señal de debilidad, por vacilación en la realización de resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU.

En esta relación no puedo dejar de volver a subrayar que el nuevo carácter de las relaciones soviético-norteamericanas, cooperación y credibilidad que las destacan en la actualidad, juegan un papel importante en el avance hacia el nuevo orden universal.

En relación con los acontecimientos en el Medio Oriente es conveniente destacar, una vez más, la predestinación de Europa en el proceso mundial en el umbral del siglo. Esa idea es del mismo género que nuestra concepción de la casa común europea. Es precisamente oportuno recordar, al encontrarse uno en España, que a través del Mediterráneo tiene acceso a dos continentes vecinos y está emparentada por historia con América Latina. La nueva época en las relaciones Este-Oeste no se hará realidad si se olvida de su vinculación inseparable al problema, nada menos que universal, como es el de las relaciones Norte-Sur.

Hoy miramos al futuro con fe y esperanza. Pero sabemos que lo pasado se acerca tenazmente. Y lo pasado puede irrumpir en la pista que estamos abriendo conjuntamente. Por delante está un gran trabajo.

Permítanme, en conclusión, desearnos a todos suerte en esta grandiosa causa común. Quisiera expresar la esperanza de que nosotros, los soviéticos y los españoles, todos los europeos, no perdamos esta oportunidad. El destino de Europa, y por consiguiente el de todo el mundo, determinará obras concretas. Justamente éstas dejan una proyección palpable en lo venidero. Y para que nuestros hijos se sientan tranquilos y seguros en el mundo que viene, recordando bien a sus pa-

dres, actuaremos con ánimo y cautela a la vez, con reflexión sobre mañana y sobre pasado mañana.

**Muchas gracias. (Grandes y prolongados aplausos de los señores Diputados y Senadores puestos en pie.)**